

con la fuerza que debia salir de Tekantó, no ya con el Capitan O'Horan, sino con el Teniente Coronel D. Tomas Peniche Gutierrez, poniéndose en movimiento de este modo, mas de trescientos hombres que debian obrar simultáneamente ya fuese sobre Teya ó Tepakam.

Afortunadamente, sin embargo, no hubo necesidad de las tropas que salieron de Tekantó por haberse dado la casualidad de que unido el Capitan Paredes con las que salieron de Tepakam, se encontrase con los bárbaros á su regreso de Tepakam, sobre quienes cargó con tanta resolucion y audacia, que los hizo huir despavoridos por todas direcciones, dejando en el lugar del combate treinta muertos y ocho mujeres y seis criaturas que llevaban á sus guaridas, fuera vez otras cosas de que la tropa se apoderó.

Dos dias despues de este encuentro, comunicó al General en Jefe, el mismo Coronel D. Juan José Méndez, que por varias familias que habian llegado de Izamal á su campamento, habia sabido que el enemigo estaba ocupando el camino principal de aquella ciudad á Citileum, en cuya virtud habia dispuesto que saliera una descubierta de caballería como en observacion, la cual, segun sabia habia llegado hasta Izamal; pero que habiéndosele hecho fuego á su regreso por las emboscadas, no habia podido continuar á su cuartel: que desde las once del dia se habia empezado á oír un fuego vivo de artillería por el camino del referido Izamal, y desde las cuatro de la tarde hasta las ocho de la noche, uno de fusilería sostenido en todos los alrededores de la ciudad.

Esto mismo decia el Comandante en Jefe Bello desde Izamal, con fecha 21, respecto de los fuegos de artillería y de fusilería de que hablaba su compañero Méndez, pero agregando que los bárbaros no habian podido conseguir ventaja alguna sobre su línea de defensa, ni creia que la pudiesen conseguir, por mas esfuerzos, fundado en la buena moralidad y el entusiasmo de las tropas de su mando que peleaban sin que los arrojara el número de indios que sitiaban la ciudad.

Esto no obstante, para dar á las tropas sitiadas la mayor

seguridad posible, como que era Izamal la única poblacion interesante que quedaba al Gobierno del Estado, cuya pérdida podia causar la de la Capital, por la influencia moral que ejercia, salió en el momento que se supo el sitio que estaba sufriendo, el Teniente Coronel D. Sebastian Molas con cien hombres, conduciendo parque y víveres suficientes para seguir afrontando la situacion que mas adelante habia de venir á ser violenta, al ménos segun las comunicaciones oficiales que se recibieron á continuacion.

Con fecha 22, comunicaba el mismo Comandante Bello que eran las ocho de la noche, hora en que sus tropas se encontraban hostigadas por el enemigo que con la mayor audacia habia aproximado sus atrincheramientos á medio tiro de fusil de los de la línea, dando por resultado el que se sostuviera por una y otra parte un vivo fuego, á pesar de las órdenes reiteradas que habia dado á los comandantes de trincheras para economizar en lo posible el parque: que los indios habian cargado sobre la trincheras del camino de Sitilpech, en grupos considerables y con una pieza de artillería; pero que un balazo tirado con acierto con otra de diez y seis, desde la trincheras referida, les habia causado un estrago horrible, con cuyo motivo retiraron su fuerza con precipitacion, sin haberse atrevido á servirse de ella otra vez.

La misma situacion manifestaba al dia siguiente en otra parte, haciendo saber que el fuego se sostenia contra los bárbaros que habian multiplicado sus trincheras y emboscadas: que sus valientes soldados no descansaban un solo instante, que el enemigo habia ocupado el camino real, sorprendiendo á varios individuos destinados al servicio de la plaza, y llevándose prisioneros siete de ellos; que habia rechazado varias descubiertas que salieron á perseguirlo, que trabajaba sin descanso en su línea de circunvalacion, y por último, que aunque habia hecho regresar á las órdenes del valiente Capitan D. Manuel Francisco Mezo, los cien hombres con que el Teniente Coronel Molas le habia llevado parque y víveres, éstos habian tenido que volver á la plaza por no haber podi-

do vencer los inconvenientes que se les presentaron en el tránsito.

Adviértese sin embargo, entre esta comunicacion y otra de la misma fecha del comandante de Citilcum, una abierta contradiccion, pues mientras en aquella se decia, lo que acabamos de extractar, en la última se aseguraba que por el camino del referido Citilcum para Izamal, no habia trincheras ni emboscadas que molestaran, como lo habia manifestado el Capitan de una partida que acababa de hacer su entrada en aquel cuartel.

Y hace aparecer maliciosa esta contradiccion, la circunstancia de haber hecho el redactor del *Boletín oficial*, un extracto de la comunicacion á que nos referimos, para poner al pié de la del Comandante Bello, que era bien diferente en su contenido, segun hemos tenido la oportunidad de ver.

Mientras, un dia despues, daba cuenta el mismo Comandante de Citilcum de que la retencion de los cien hombres con que habia enviado la primera remesa de parque á Izamal, le habia impedido operar contra los bárbaros que se habian aproximado á su canton, incendiando la hacienda Chuil, á distancia de una ó dos leguas nada mas: que el Capitan de la 1.<sup>a</sup> compañía de Tizimin D. Andres Romero que habia salido de Izamal con una guerrilla de quince hombres con el objeto de tirotear á los sublevados, habia tenido la audacia de llegar á su cuartel, cuya oportunidad aprovechó para mandar con él diez y ocho cajas de parque de infantería, dándole para el efecto, cincuenta hombres que lo habian de acompañar hasta media legua de distancia de la plaza del referido Izamal, cuyos cincuenta hombres habian regresado asegurándole que el parque habia llegado sin novedad.

El Comandante Bello por su parte, explicando al General en Jefe este acontecimiento, le decia que habia hecho salir cuatro guerrillas de á veinticinco hombres, para batir al enemigo que á una vista de la trinchera principal del camino de Citilcum, se empeñaba en obstruirlo y formar sus emboscadas, habiendo dado por resultado el que se sostuviera entre

unos y otros, un vivo fuego que duró el espacio de hora y media, hasta que sus valientes soldados se hicieron dueños de cinco trincheras que destruyeron, avanzando el Capitan Romero hasta Citilcum, en busca de parque y víveres que habia conseguido llevar á aquella ciudad.

Por último, los indios, partiendo del camino que se dirige de Izamal á Citilcum, cayeron sobre este último punto el 25, del cual fueron rechazados despues de dos horas de un vivo fuego, aunque sin que hubiesen sufrido nuestras tropas ninguna novedad.

Entretanto, la Capital esperaba con ansiedad el desenlace de todos aquellos acontecimientos de los cuales pendia su salvacion. El Gobierno redoblaba sus esfuerzos: el General Llergo sin moverse un solo momento de su despacho, expedia extraordinarios por todas direcciones, recomendando la buena disciplina, la subordinacion y el patriotismo que la Península reclamaba de sus hijos. Salvar Izamal era su mas ardiente voto. Perdido Ticul, la situacion habia venido á ser mas violenta: circumbalada de antemano la ciudad con reductos y trincheras en los cabos, la vigilancia se redoblaba á cada instante: la caballería cruzaba por todas partes, los corazones latian! . . .

Con este motivo, deseando hacer todo lo posible en defensa del único baluarte que quedaba, ademas de un auxilio que hizo marchar á Citilcum, procedente de los pueblos de la costa y la Capital, previno al Coronel D. José Dolores Pasos, que de la 3.<sup>a</sup> division de su inmediato mando, hiciera salir doscientos hombres para el mismo punto, procurando verificarlo á la mayor posible brevedad. Este auxilio salió en efecto de Hocabá, llevado por el Capitan D. Nicolás Ramirez.

Un dia despues, Méndez comunicaba, que el Capitan don Manuel Francisco Mezo, que habia llegado á Citilcum, con ciento cincuenta hombres de Izamal, habia conducido á dicha plaza quince cajas de parque de infantería, y que el Teniente Coronel D. Tomas Peniche Gutierrez que habia salido con cien hombres á operar sobre los bárbaros que habian ocu-

pado la hacienda Chuil, habia regresado sin haber encontrado la mas insignificante novedad, con cuyo motivo se preparaba á expedicionar sobre el costado derecho de Izamal.

Bello por el contrario decia que los fuegos del enemigo sobre su línea de defensa eran tenaces por todas direcciones; pero mucho mas por el camino de Tekal, en donde los indios habian tenido la audacia de derribar una trinchera sobre la fuerza que la cubría. Las fuerzas de la 5.<sup>a</sup> division, estaban acantonadas en el pueblo referido de Tekal, segun los partes oficiales de su comandante, escritos todos ellos en Motul, á las doce de la noche.

El 28, volvió á comunicar Méndez al General en Jefe, que llevando á cabo su propósito de expedicionar por el costado derecho de Izamal, habian regresado ciento cincuenta hombres que salieron de su canton con aquel objeto, no habiendo encontrado en todo el tránsito desde Citileum, hasta las inmediaciones del referido Izamal, ni un indio, ni una trinchera; pero ni emboscadas que los hubiesen podido molestar: que habian hecho su entrada en Citileum doscientos catorce hombres que iban de la capital para Izamal, con los cuales, debia enviar parque al Comandante de dicho punto que se lo habia pedido con urgencia, sin embargo de haber acusado recibo de doce cajas que una partida de cincuenta hombres le habia llevado con anterioridad.

Mas habia sonado ya la hora que tanto se temia. Todavía acababa de imponerse al General Llergo de aquella comunicacion, cuando recibió otra de Bello, fechada en Tekantó en que daba cuenta de haber desocupado Izamal, haciendo la siguiente explicacion: que habiéndole estrechado el sitio los bárbaros el dia anterior, y careciendo de parque que le pedian las avanzadas con ansiedad, sin poder proporcionarles un solo cartucho para que hicieran resistencia, habia promovido una Junta de jefes y oficiales de la guarnicion, quienes, teniendo presente la situacion que atravezaban, acerca de la cual discutieron seriamente, habian resuelto que se pidieran al Comandante de Citileum, los pertrechos que eran

necesarios, en la inteligencia que de no proporcionarlos en todo el dia siguiente evacuarian la ciudad por la dificultad de seguirla sosteniendo, levantándose para el efecto una acta en que se hiciera constar todo aquello y firmando los concurrentes como al fin se verificó. Que en vista de esto, no habiendo recibido el parque que pidió, pero ni pudiendo mandar por él, porque los indios habian obstruido completamente el camino de Citileum, razon por la que, habia tenido que enviar por caminos extraviados su anterior comunicacion, habia salido tranquilamente por el camino de Tekantó, desde donde habia tenido por conveniente dirigirse á Cacalchen. Un momento despues, llegó la noticia de estar reunidas en dicho punto, así las tropas que salieron de Izamal, como las de Citileum, con la agravante circunstancia de haberse insurreccionado las pertenecientes á Campeche.

Naturalmente, hubo en la Capital con tal motivo, una sensacion tan grande, como difícil de explicar. La obra estaba consumada ya. Mas de doscientos cincuenta pueblos con sus respectivas demarcaciones habian ardido. Las tropas habian marchado en retroceso hasta las puertas mismas de la ciudad. Los bárbaros tremolaban su bandera exterminadora en las dos terceras partes del país. El comercio, la industria y la agricultura, todo habia acabado. Despues de la pérdida de Izamal, cuya noticia se recibia casi al mismo tiempo que la de haber sucumbido tambien Bacalar, no le quedaba á Yucatan mas que la Capital, algunos pueblos de la costa y los del camino real hasta Campeche. Todo lo demas era de los indios.

Justo es sin embargo, decir aquí que los valientes soldados de la 3.<sup>a</sup> division, á quienes se habia confiado la defensa de los pueblos que se encuentran entre el partido de Izamal y de Sotuta, no solo habian sabido conservar á Hocabá, Hocomun, Hoctun, Cusamá y Zabala, sino que habian enviado como hemos visto, un auxilio de doscientos hombres á Citileum. Tres veces los indios habian sitiado á Huhí, pequeño pueblo situado mas allá de Hocabá, á las inmediaciones de

Sotuta, y tres veces, aun despues de perdido Valladolid, Izamal y Ticul, habia salido vencedora su corta guarnicion, arrancando del enemigo la honra de calificar al pueblo de pequeño Campeche, comparando el valor y la fortaleza de sus defensores con los muros inexpugnables de aquella ciudad.

En vista de todo esto pues, desde el mes de Marzo las familias del interior habian abandonado sus hogares, viniendo á Mérida en remplazo de otras que tambien habian emigrado de esta ciudad para la Habana, Veracruz, Isla del Cármen y Tabasco, lo cual nos obliga á tratar de la acogida generosa que tuvieron los que en ella se refugiaron como á su única tabla de salvacion. Mérida, entónces, conquistó con grandes rasgos de generosidad, un título de gloria que la hizo aparecer á los ojos de los emigrados como una madre cariñosa que se apresuraba á enjugar con actos del mas tierno corazon las lágrimas de sus hijos.

A instancias de un ilustre capitular del Ayuntamiento, el respetable Sr. D. Juan Miguel Castro que al ver los desastres que sufrían los pueblos, preveía ya la emigracion que iba á tener lugar, se habia pensado consignar á una Junta compuesta de cinco individuos, segun iniciativa hecha por el mismo Sr. Castro, la comision de proporcionarse recursos para distribuir generosamente á los emigrados, teniendo presente ante todas cosas la ropa y la habitacion, como que algunos que habian ya venido, vagaban errantes por las calles, casi desnudos y sin hogar.

Mas tratábase todavía de esto, cuando la desocupacion casi simultánea de los pueblos del partido de Peto, Sotuta y Yaxcabá, hizo que se viera inundada la ciudad por todas partes, de una inmensa turba de gente que vestía de harapos, pedia limosna y vivía absolutamente en la intemperie, buscando refugio en los atrios de los templos, en las casuchas de los cabos ó en las casas reales, en donde muchos que habian enfermado á consecuencia de lo que sufrían, penaban en el lecho del dolor.

Entónces el referido Sr. Castro, autor de la iniciativa gene-

rosa que aun no se habia resuelto, propuso que miéntras la comision despachaba su dictámen, lo acompañara el Síndico primero con el objeto de recoger entre las familias acomodadas la ropa necesaria para distribuir á los emigrados, hasta tanto podia proporcionárseles habitacion, y todo lo demas que pudiese mitigar su suerte, harto desconsoladora á la verdad.

Con este motivo, saliendo á recorrer la ciudad los dos capitulares referidos, se hicieron de un gran número de piezas de ropa que desde luego distribuyeron á los mas necesitados, no sin darles de pronto alguna cosa para remediar el hambre de que eran víctimas. Ademas de esto, deseando proporcionarles cuanto ántes un abrigo, acercáronse al Jefe superior político D. Antonio Garcia Rejon, hombre que tambien prestó servicios interesantes en esa época, suplicándole les dieran las casas de las familias que habian emigrado de la ciudad, á fin de poner allí á las del interior de que tenían suprema necesidad. El Jefe superior político accedió en el instante á lo que se le pedia, en cuya virtud les dió á los pocos dias, las llaves de treinta ó cuarenta casas en donde fueron alojadas, mas de ochenta ó cien familias con alguna comodidad.

Por último, establecida la Junta á que nos hemos referido, dió principio á sus trabajos, nombrando comisiones de su seno, para que impetraran de la generosidad de las personas principales, toda clase de recursos con lo cual pudieron fácilmente distribuir á las familias emigradas abundantes raciones de víveres ademas de la ropa y habitacion que se les daba. Tal habia sido entónces la acumulacion de efectos que de antemano se habia hecho en la Capital, procedentes de los pueblos del interior para salvarlos de manos de los indios, ó tal era acaso el desprendimiento con que se veían los artículos de primera necesidad, fundados sus dueños en la pérdida segura del país, que una carga de maíz valía solamente cuatro reales, una cabeza de ganado el mismo precio insignificante, un cántaro de manteca seis ú ocho reales, y así respecto de todo lo demas.

Diariamente se consumían en el abastó público mas de doscientas cabezas de ganado de las cuales salía una gran parte para los emigrados, dada gratuitamente por los abastecedores á quienes para el efecto se dirigían todas las mañanas los individuos de la Junta, ocupados solo en el trabajo de proporcionarles con que vivir.

Mas como naturalmente, la emigracion fué en aumento, fuéronse tambien disminuyendo las localidades para acomodar á los que llegaban. Perdido Valladolid, perdidos los pueblos del Oriente, abandonado Tekax, incendiado Maní, mas de diez mil emigrados vinieron á incorporarse á los que habian, poniendo como era de esperarse en conflictos á la comision que suplicó al Gobierno en vista de esto, fuesen desocupados los establecimientos públicos para darles un techo hospitalario. El Palacio episcopal, en esta inteligencia, el Seminario Conciliar de San Ildefonso, el antiguo Colegio de Jesuitas, hoy Instituto Literario, la Contaduría mayor de hacienda, el Convento de frailes de la Mejorada, todos estos edificios fueron preparados decentemente y puestos á disposicion de los individuos de la Junta, quienes dirigieron á ellos en el instante, un considerable número de familias, tomando las precauciones necesarias para que se conservara el órden entre ellas.

Ni esto sin embargo fué suficiente, á los pocos dias, luego que cayeron en manos de los indios, algunos pueblos de la costa, casi todos los de los alrededores de Ticul y muchos de los de Izamal. La Junta por esta causa, redoblando sus esfuerzos, apeló al recurso extraordinario de acomodar en casas particulares á los que llegaban, instalándose con seis escribientes para el efecto, en la casa de altos del Sr. don Joaquin García Rejon, situada en la plaza del barrio de San Cristóbal, con el objeto de expedir boletas en que prevenian á alguna persona que recibiese á tal ó cual familia para darle alojamiento y mantencion por el tiempo que en ella designaban. Estas familias eran conducidas por partidas de caballería, con cuyo motivo, habia constantemente treinta ó

cuarenta hombres á disposicion de los individuos de la Junta.

El hermoso templo del mismo barrio de San Cristóbal, permanecia abierto de dia y de noche, con abundantes provisiones de agua, viscochos de trigo y ropa para cubrir á los desnudos, á quienes por humanidad y por decencia no era posible hacerlos pasar al centro de la ciudad en la situacion en que se hallaban. Esto mismo tenia lugar en el cabo de la ciudad, por el camino de Izamal, sin que hubiese habido un solo disgusto, respecto de aquellos, á cuyas casas eran enviados los emigrados.

Pero si de este modo se conducia la Capital, cuán diferente fué la conducta observada en Campeche, respecto de los que allí se refugiaron! Miéntras en Mérida salian los capitulares del Ayuntamiento, repartiendo paquetes de ropa á los emigrados, en Campeche se ridiculizaba el traje humilde con que llegaban. Miéntras en Mérida les daban casas de balde para vivir, respondiendo el Gobierno del Estado por el alquiler que despues quisiesen cobrar sus ausentes dueños, en Campeche surgian de tal manera los alquileres, que muchos tuvieron que vivir en la intemperie. Miéntras en Mérida se les proporcionaba toda clase de recursos para subsistir, en Campeche se morian de hambre, lanzando gemidos de dolor. Miéntras Mérida abria sus establecimientos públicos preparándolos decentemente para darles alojamiento, en Campeche varios propietarios de casas arrojaban los muebles de algunas familias á la calle, solo por no haberles satisfecho el mismo dia de su cumplimiento, el subido alquiler que les exigian. Miéntras en Mérida salia generosamente del abastó público ó de las haciendas de los alrededores, abundantes raciones de carne para ellos, en Campeche prohibia el Ayuntamiento severamente que vendiesen en el mercado público por cualquier cosa, algunos efectos que por milagro habian podido escapar de manos de los indios, alegando para esto, un perjuicio grande contra los intereses del comercio. ¡Esto era horrible! lo último que habia que ver. Mas adelante nos explicaremos sobre este particular, porque ahora queremos

decir algunas palabras acerca del origen de la guerra social en Yucatan.

De seguro es que el origen de la guerra social viene de épocas muy remotas, data de allí de los primeros tiempos de la conquista, por lo cual no puede atribuirse exclusivamente á las discordias civiles que han destrozado de una manera lastimosa al país: viene del modo con que fué hecha la conquista, de la condicion ó naturaleza de los indios conquistados, de la situacion topográfica del suelo que se vino á conquistar, de las dificultades que se tuvieron que vencer, y por último, de los odiosos é indignos privilegios con que se tuvo que alhagar á los primeros pobladores para que no abandonaran la empresa acometida: viene de dos grandes entidades que hicieron pesar sobre los naturales esos privilegios, trasladándose los de generacion en generacion, por lo cual tampoco puede acriminarse determinadamente á una sola de ellas, absolviendo á la otra con gran perjuicio de la verdad histórica que es la que nos hemos propuesto investigar: hablamos del clero y del Estado, siempre en abierta pugna por sus prerogativas desde los primeros tiempos de la colonizacion del país, siempre haciéndose recriminaciones respecto del origen de los acontecimientos de que nos hemos ocupado en esta publicacion.

Uniforme es la tradicion, contestes están los autores antiguos y modernos, en que los indios de Yucatan no eran aquellos á quienes conquistaron Cortés, Pizarro y Almagro con un puñado de aventureros nada más. Hagamos comparaciones entre las personas y las cosas para explicarnos con alguna claridad.

Cortés quema en Veracruz sus naves, para obligar á quinientos hombres, únicos que lo siguen, á internarse por regiones desconocidas cuajadas de indios, teniendo la fortuna de que se le reciba desde Cempoala como á un sér misterioso enviado de un dios que suponen es el astro que ilumina el mundo, y por cuyo motivo desde allí le ofrecen los cándidos cempoaltecas todo lo que quiere. Hernández de Córdoba, el

primer conquistador que vino á Yucatan, es recibido á flechazos en Champoton en donde le hacen mas de sesenta heridos, le matan cuarenta hombres, y con este guarismo fuera de combate abandona la empresa acometida. Pizarro el soberbio conquistador del Perú, el que trajo abajo el espléndido poder de los incas, tiene la audacia de permanecer en una isla desierta, sola su persona en la embocadura de un país desconocido, mientras una embarcacion cruza trabajosamente el mar en busca de recursos para llevar á cabo la conquista de un inmenso imperio. Grijalva que vino despues de Hernández de Córdoba á la Península, es arrojado violentamente de Campeche de donde se retira para no ser víctima de enjambres de indios, soberbios en la defensa del territorio.

Cortés en Cholula, dispone una degollacion impía que verifica tranquilamente sin arrostrar peligros. Marcha luego á la capital del gran imperio y aprisiona á Moctezuma en medio del esplendor de sus riquezas, sus soldados y sus nobles. Pizarro hace lo mismo en Cajamalca, en donde cobardemente cautiva al último de los incas, á quien despues hace perecer en medio de las llamas, no obstante haber mandado descolgar Atahualpa, que así se llamaba aquel desgraciado, las grandes láminas de oro y plata que cubrian las paredes de sus templos para conseguir su libertad que no habia tenido embarazo en ofrecerle mediante aquella condicion.

Francisco de Montejo, uno de los capitanes de Cortés que viene á Yucatan en pos de Hernández de Córdoba y de Grijalva, siempre con el objeto de hacer que forme parte de los dominios de Castilla, no encuentra mas que una ruda guerra de parte de los naturales que lo persiguen sin cesar, haciéndolo salir despavorido de varias comarcas del Oriente y de Campeche, en donde milagrosamente se libra de ser sacrificado, gracias á las armas de fuego que hacen casi invencibles á sus soldados.

Por último, mientras Cortés hace sucumbir la capital del gran imperio de Moctezuma, con el auxilio de millares de Tlascaltecas que le conducian en hombros, ¡cosa maravillo-

sa! los barcos que necesita para sitiar por sus hermosas lagunas, á los que ya de último sostienen con heroismo increíble el vacilante poder de los aztecas, mientras Pizarro corona su obra, fundando la deliciosa ciudad de Lima, mientras Gonzalo su primo hace aquella famosa expedición á la tierra de las canelas, mientras Almagro toma posesión de Santiago de Chile, tres veces fracasa la conquista de Yucatan por la bravura de sus naturales.

Mas todavía. Cortés, Pizarro y Almagro, encuentra cada cual en los países que conquistan, tierras metalíferas, montañas que encierran oro y perlas, plata abundante para sus gavetas, caudalosos rios, magestuosas cataratas, bulliciosas fuentes y jugueteros arroyuelos que al mismo tiempo que producen una vejetación exuberante, visten los campos de matizadas flores y hacen la vida como la de los primeros hombres en el paraíso. En Yucatan ¡qué diferencia!

En Yucatan los conquistadores perecen víctimas del sol abrasador de las regiones tropicales cuyos rayos atormentan de una manera horrible al caer sobre su suelo blanquecino; la tierra en vez de oro y perlas solo contiene piedras; los campos en vez de flores, espinas, abrojos y pequeños matorrales; no hay en la península magníficas cordilleras como los Andes, ni altivas cumbres como las de Aculzingo y el Chimborazo, ni lagos, ni fuentes; pero ni arroyos: no hay mas agua que la que el cielo envía. En vano el valeroso jóven Alonso Dávila, despues de una inaudita peregrinación desde Valladolid hasta Bacalar, manda á preguntar al Cacique de Chichanhá por las minas de oro y plata que eran su delirante idea, pues solo obtiene por respuesta, que ya le enviaria gallinas ensartadas en las lanzas, y mazorcas de maíz en las flechas que era lo único que allí podia encontrar.

¿Cómo entónces pudo realizarse la conquista de Yucatan? ¿Cómo al fin pudo conseguirse que permanecieran en la península hombres que solo soñaban en grandes montañas de oro para explotar? El modo fué muy fácil. No habiendo minas de oro y plata para alhagarlos, los hicieron dueños no

solo de la tierra, sino hasta de los indios. De aquí el origen tortuoso de la propiedad entre nosotros primer muro inaccesible que se levantó entre la raza conquistadora y la conquistada, y de aquí tambien la odiosa distincion entre vasallos y señores.

En Yucatan la propiedad territorial, dice un ilustrado escritor, el Sr. Lic. D. Tomas Aznar Barbachano, nació de este modo. El Emperador Carlos V al celebrar con Montejo en 8 de Diciembre de 1526, las capitulaciones para la conquista de este país, le decia. "Os hago merced de diez leguas en cuadro de las (tierras) que ansi descubrieredes. A cada uno de sus compañeros de expedición concedia tambien dos caballerias de tierra y dos solares. Al mismo tiempo convenia en que se redujesen á esclavitud los indios rebeldes, y en que pudiesen ser objeto de comercio los que ya eran esclavos de los caciques ó señores del país, aunque mas tarde llegó á ponerse en observancia la ley de 1542, que declaraba á los indios tan libres como los mismos hijos del reino de Castilla." He aquí para mayor inteligencia de nuestros lectores, la cláusula relativa á la esclavitud.

Otro sí: os doy licencia y facultad á vos y á los dichos pobladores, para que á los indios que fuesen rebeldes siendo amonestados y requeridos, los podais tomar por esclavos guardando cerca de esto lo que de yuso en esta capitulación é aciento será contenido y las otras instrucciones y providencias nuestrás que cerca de esto mandaremos dar. Y de esta manera é guardándola dicha órden los indios que tuviessen los caciques y otras personas de la tierra por esclavos, pagándoselos á su voluntad á vista de la justicia y veedores y de los religiosos.

De este modo, al crearse la propiedad se revivió hasta cierto punto el antiguo feudalismo europeo, lo cual explica con suficiente claridad el origen de las cuestiones ruidosas que siempre han promovido los indios contra las clases poderosas, respecto de la enagenación de terrenos baldíos y de los egidos de los pueblos, como que no han contado nunca con